

**S**ON las diez de la mañana de un lunes de noviembre; los cien empleados de La Veguilla -un vivero que vende cinco millones de flores y plantas al año- llevan ya una hora manos a la obra. Su trabajo diario, con una jornada de ocho horas, no tendría nada de especial si no fuera porque más del 90% de la plantilla lo forman personas con discapacidad intelectual; "menos listos", según ellos.

El presidente y fundador de La Veguilla, José Alberto Torres, recibe a ALBA en su sede de Villaviciosa de Odón (Madrid) con la sonrisa de quien está satisfecho con su trabajo. Nos cuenta que empezó su carrera como funcionario de Hacienda. Cansado de algunos detalles de la Administración, cambió las oficinas públicas por las de un colegio.

"Me surgió la posibilidad de ayudar a los padres del Colegio de Educación Especial Virgen de Lourdes, que decidieron comprar el centro. Estaban angustiados, pensaban en qué sería de sus hijos cuando tuvieran que abandonar el colegio", recuerda Torres, que ya entonces tenía claro que "el futuro sólo se obtiene si tienes un trabajo. La política, los países, cambian, pero si tienes trabajo, puedes vivir".

#### Una historia de éxito

Dicho y hecho; había que buscar un futuro laboral para estas personas y así nació La Veguilla, que antes de ser vivero de flores, fue, hace más de 30 años, otras muchas cosas: "Cometimos el error de pensar que la gente va a comprar lo que a ti te gusta... y estuvimos muchas veces al borde de la ruina; bueno, al borde no; arruinados", reconoce Torres, que por fin descubrió las posibilidades de las flores.

Para ponerse de acuerdo en cómo gestionar el reto hubo una reunión, no exenta de complicaciones: "Cuando vivía Franco en el colegio todo el mundo era de derechas; en la primera reunión tras la muerte de Franco, había comunistas, ateos, de extrema derecha...de todo", explica.

Pero no hubo problemas. "Yo les expuse mi concepción de las cosas -la que me enseñó el Opus Dei-; creo que el hombre está hecho para trabajar, que tiene derecho a trabajar y que, si cree en Dios, puede ofrecerle ese trabajo. Curiosamente, todos estuvieron de acuerdo en eso".

Con esa idea del trabajo como pilar, La Veguilla se ha convertido en punto de referencia en el panorama español. Forma parte de Fleuroselect, organización que engloba a las más importantes multinacionales dedicadas al mundo de la flor y en la que compite en igualdad de condiciones: "No vendemos caridad, sino cali-



LA VEGUILLA EMPLEA A MÁS DE CIENTO PERSONAS CON DISCAPACIDAD INTELECTUAL

# Un vivero de dignidad

Produce cinco millones de plantas al año y emplea a cien trabajadores y creciendo, porque quiere expandirse por España y el extranjero. Pero La Veguilla, más que un ejemplo de empresa sólida, es un lugar para recuperar la fe en el ser humano. Sin grandes medios, sin heroicidades; sólo con la extraordinaria naturalidad de quien sabe que creer es poder.

dad. Si la gente compra nuestras flores es porque son las mejores; muchos ni siquiera saben que aquí trabajan discapacitados", explica la bióloga Marisé Borja, directora de I+D de La Veguilla. Y Torres lo ratifica: "La gente nos mira con mucho cariño, pero también con mucho respeto".

Que el 90% de la plantilla sean discapacitados no le impide a la empresa competir de igual a igual con los grandes del sector

Para entender el éxito de La Veguilla es necesario deshacerse de todos los prejuicios, también de aquellos que vienen de la buena voluntad. "Estamos en una sociedad muy blandita que tiende a la sobreprotección, y las consecuencias son muy gordas. Si sobreprotegemos a los discapacitados porque no creemos en ellos, si no les pedimos cosas porque pensamos que no van a ser capaces de hacerlas, les estamos abocando a que no las hagan".

La Veguilla es un centro de trabajo, no un taller ocupacional: no hay sitio para la sobreprotección ni la condescendencia

Por eso en La Veguilla no hay espacio para la pena ni la condescendencia. No es un taller ocupacional para que pasen

"Si no fuera por nosotros, no habría jardines en Madrid", le dijo una vez un empleado a José Alberto Torres, el director



el tiempo. "Trabajan con todas las consecuencias: horarios, fatigas y sus recompensas salariales", dice Torres, para después confesarnos con humor que, como en cualquier empresa, el sueldo es motivo de conversación. "A primeros de año les subo el sueldo, pero también suben los precios de comedor y transporte así que surgen corrillos y, en cuanto me ven aparecer, se disuelven".

Aunque cualquier día le montan un sindicato, los empleados de La Veguilla rezuman satisfacción por los poros. "Vas viendo cómo mejoran, no solo en lo laboral, sino también en educación y respeto; se dan cuenta de lo que pueden hacer y se sienten mucho más satisfechos y contentos consigo mismos".

Y lo dice Torres, que además de compartir la jornada laboral con ellos - "aquí es donde más contento estoy" - convive con algunos, con los que se quedan a dormir en la residencia de La Veguilla, bien porque sus casas están muy lejos o porque no tienen una buena situación familiar. "Hay alguno que domina a los padres; les dice, 'quiero cenar chuletas a las ocho y media' y, aunque esté todo cerrado, a las ocho y media tiene chuletas. Aquí no; hay que respetar unas normas de convivencia y adaptarse", asegura.

#### Laboratorio de alta tecnología

Volviendo a la cuestión laboral de esta empresa que es también escuela de vida, la mejor recompensa del equipo de La Veguilla es ver salir camiones cargados de flores. Y cuando escasean, preocupación: "En la época de invierno, que hay menos pedidos, los trabajadores se preocupan. Yo les digo, 'tranquilos que ya llegarán', y en primavera, cuando salen los camiones cargados de flores, hay uno que me dice: 'Don José Alberto, si no estuviéramos nosotros, no habría jardines en Madrid'".

Y no le falta razón, porque pasear por La Veguilla es pasear por un mar de flores y plantas, de todos los colores y tamaños. Nos acercamos a uno de los invernaderos, repleto de geranios, en el que cuatro empleados trabajan sacando esquejes. "Hay que cortar por debajo de las yemas", explica a ALBA uno de ellos, que ya tiene un saco lleno.

Unos metros más adelante, el laboratorio. Un centro de alta tecnología en el que los trabajadores desarrollan tres líneas de investigación -desarrollo de nuevas variedades, diagnóstico de enfermedades y curación, y producción de plantas madre- bajo la dirección de Marisé Borja.

"Nuestro objetivo es ir creciendo y llegar a los mercados internacionales; para eso, nuestro día a día es como cualquier otro laboratorio, salvo porque hemos adaptado el trabajo a los empleados y no al revés", explica. ¿Cómo? "Fácil. Cualquier

trabajo se puede dividir en tareas sencillas; un inmunoensayo, por ejemplo, puede hacerlo una sola persona o cinco personas haciendo cada una una tarea".

El área de trabajo no tiene nada que envidiar a las de empresas de mucha mayor envergadura: cuenta con salas esterilizadas, campanas, instrumental científico y, por supuesto, trabajadores cualificados. "Para trabajar en el laboratorio les pedimos que tengan habilidad manual fina, que sepan vestirse y desvestirse solos y que mantengan una higiene diaria. Con esas cualidades, lo demás lo pueden ir aprendiendo como cualquiera", explica Borja, que reconoce sin ningún pudor los más veteranos ya realizan muchas tareas más rápidamente que ella.

#### Pasión por el trabajo

"Una de las razones de nuestro éxito es que apostamos por la calidad y el servicio. Nuestros compradores están compitiendo con multinacionales, y hemos demostrado que somos capaces", explica la bióloga. Podríamos pensar que La Veguilla es el pequeño entre los grandes, el que llega por los pelos, y nos equivocáramos. "Nos ponemos el listón más alto que los demás para que nadie pueda decir 'es que como trabajan con discapacitados...'", Y lo demuestra una visita al laboratorio; donde las normas exigen un nivel de esterilización 3, ellos tienen un 4. Son conscientes de que sólo vale el trabajo bien hecho, y no dejan nada al azar.

Los trabajadores con los que charlamos aseguran estar encantados con el laboratorio; les gusta y además les ahorra las inclemencias del tiempo, que sí sufren sus compañeros. "Aquí tenemos calefacción en invierno y aire acondicionado en verano; es más cómodo que trabajar al aire libre", reconocen con humor.

Si queremos encontrar algo que diferencie a éste de otros laboratorios, tendremos que fijarnos en el espacio habilitado para que los trabajadores se pongan las batas estériles. "Esto tendría que estar cerrado de otra forma, pero como algunos trabajadores sufren ataques epilépticos y necesitamos poder evacuarlos rápidamente, lo tenemos así", señala Marisé Borja, dando una auténtica lección de integración laboral.

Por lo demás, las únicas diferencias llegan en forma de ventajas: "Mi equipo no necesita charlas de motivación ni un responsable de Recursos Humanos que le inculque pasión por el trabajo. Todo eso lo traen puesto de casa, y eso hace que venir a trabajar cada día tenga un sentido diferente, dé más satisfacción", asegura Borja, que ve cómo -al mismo ritmo que las flores con las que investiga- crece la autoestima de sus trabajadores. Y eso, sin duda, es sinónimo de éxito. El que cosecha, con asombrosa naturalidad, La Veguilla.

Antes de marcharnos preguntamos a José Alberto Torres si quiere mandar algún mensaje, algo que destacar. No duda: "Que la gente se anime a hacer cosas como ésta, que se puede. Y nos viene a la cabeza una frase anónima: 'Como no sabían que era imposible, lo hicieron'".

**Los responsables del vivero están convencidos de que se puede; por eso animan a la gente a poner en marcha iniciativas así**

Imágenes de una nave de geranios, el laboratorio y el almacén de macetas.